

*El error de preguntar por la naturaleza  
de los problemas filosóficos.  
Crónica de una denuncia wittgensteiniana*

José María ARISO

**Resumen**

Han sido numerosas las ocasiones en que se ha tratado de condensar en una definición la concepción que Wittgenstein tenía de los problemas filosóficos. En este artículo pretendo demostrar que semejante pretensión va en contra del talante mismo de la obra de Wittgenstein por basarse aquella en una orientación esencialista totalmente opuesta a la actitud preconizada por el pensador austriaco, actitud que no era otra que la de atender a los usos del lenguaje para aclarar meras confusiones en las que incurrimos al utilizar un concepto: el término “problema” invita a pensar en la correspondiente “solución”, pero Wittgenstein no pretende ofrecer soluciones o explicaciones sino mostrar un *modus operandi* filosófico comparable a una labor tan simple como la de desatar nudos.

*Palabras clave:* problemas filosóficos, Wittgenstein, lenguaje, teoría, descripciones, voluntad.

**Abstract**

Many authors have tried to offer a definition of Wittgenstein's conception of philosophical problems. In this paper my aim is to show that essentialist tendency is just the opposite of Wittgenstein's attitude, an attitude based on paying attention to the clarification of misunderstandings concerning the use of words: the term 'problem' invites us to think on the corresponding 'solution', but far from offering solutions or explanations, Wittgenstein wanted to show a philosophical *modus operandi* comparable to the task of untying knots.

*Keywords:* philosophical problems, Wittgenstein, language, theory, descriptions, will.

Naturalmente, cabe entender que, ante un pensador que renuncia a la formulación de toda clase de tesis y teorías, alguien se pregunte a qué se refería Wittgenstein al hablar en términos de “problemas filosóficos”. En este punto nos encontramos con una de esas expresiones que ciertos autores han querido ver como otro tecnicismo wittgensteiniano: por regla general, estos mismos autores han echado de menos una matización clara y concisa de dichos tecnicismos, mas lejos de creer en cualquier forma de dejadez o descuido, es obvio que esa carencia de definiciones precisas no fue ni mucho menos un detalle que le pasara desapercibido a Wittgenstein. De hecho, ya dejó bien claro<sup>1</sup> que en el ámbito de la filosofía es preferible no introducir palabras nuevas, pues semejantes innovaciones sólo le indicaban que quien las llevaba a cabo no tenía nada que decir: no debe extrañar, por tanto, el temor de Wittgenstein a que su propio legado, con el paso del tiempo, acabara reduciéndose a una mera jerga. “Gramática” (*Grammatik*), “visión sinóptica” (*Übersicht*), “forma de vida” (*Lebensform*), “juego de lenguaje” (*Sprachspiel*), “criterio” (*Kriterium*), “parecidos de familia” (*Familienähnlichkeiten*), “uso” (*Gebrauch*). He aquí los tecnicismos que con mayor frecuencia se le han atribuido al que se ha dado en llamar “segundo Wittgenstein”. No obstante, y teniendo en cuenta que la prioridad de este autor era limitarse a ordenar nuestro conocimiento del uso del lenguaje sin añadir variación alguna, opino que las invenciones terminológicas anteriormente mencionadas, al igual que el resto del lenguaje, deben contemplarse funcionando, pues las confusiones surgen precisamente cuando se intenta abordar las palabras fuera de un contexto o un uso concreto.

Sea como sea, la imagen que se suele asociar con la “concepción wittgensteiniana” de los problemas filosóficos es la de la ya archiconocida mosca atrapada en la botella, imagen empleada para atribuir al filósofo la labor de mostrarle a la mosca el camino de salida<sup>2</sup>. El propio Wittgenstein ya precisó en su momento<sup>3</sup> que a la mosca hay que enseñarle algo nuevo; algo que, si pensamos en personas, permita decir que se le ha curado de una ceguera o que se ha cambiado su geometría, como podría ser el caso si a ese sujeto se le mostrara una nueva dimensión del espacio: este símil muestra a las claras lo seguro que estaba Wittgenstein de que todos los problemas filosóficos tienen siempre una salida que se hallará si se desandan los pasos en falso que nos condujeron al problema. No obstante, me temo que si se lee demasiado rápido a Wittgenstein, y en especial la sección 309 de las *Investigaciones*

<sup>1</sup> WLPP, p. 184.

<sup>2</sup> IF, 309.

<sup>3</sup> OFM, I, 44.

*filosóficas* (de aquí en adelante, simplemente *Investigaciones*), es probable que nos quedemos sólo con una mera imagen: la de una mosca atrapada a la cual se ayuda a encontrar la salida. Al fin y al cabo, eso es lo que se lee en fragmento citado. Por ese motivo creo que es conveniente aguantar más tiempo dicha imagen: en tal caso, lo que nos encontramos es un espectáculo penoso. El espacio en el interior de la botella no permite el vuelo escrutinador de la mosca. Cualquier intento por emprender el vuelo hace que rebote frenéticamente contra el interior de la botella. Por tanto, escapar de allí es cuestión de vida o muerte, pues a la mosca no le queda mucho tiempo. Pero Wittgenstein no escribía para moscas, sino para esas otras criaturas que están expuestas a las más altas cotas de sufrimiento. Wittgenstein dirá<sup>4</sup> que ningún grito de angustia puede ser mayor que el de un hombre, el cual alcanzará la angustia infinita cuando se sienta perdido. Y es que si la imagen que se liga más frecuentemente a los comentarios de Wittgenstein sobre los problemas filosóficos es la de la mosca atrapada en la botella, las palabras que parecen asociarse con más frecuencia a dicha cuestión son aquellas cinco que, según el propio Wittgenstein<sup>5</sup>, recogen la forma que tiene un problema filosófico: “*Ich Kenne mich nicht aus*”. “No sé salir del atolladero”. Antes de nada, yo destacaría dos aspectos de esta expresión. En primer lugar, aparece en primera persona del singular: ciertamente, no tiene sentido decir que desde nuestro punto de vista cierto sujeto tiene un problema filosófico aunque él mismo niegue tal cosa, como tampoco tiene sentido alguno referirse a un problema filosófico que nunca ha sido sufrido por nadie. Pero además, “no sé salir del atolladero” es una expresión que denota ansiedad. L. Perissinotto<sup>6</sup> también indicó que un problema filosófico es un problema que genera un tipo de ansiedad (*anxiety*) que no se puede verter en una cuestión empírico-científica, mas no fue el único autor que se expresó en estos términos: D. Jacquette<sup>7</sup> habló, en este mismo sentido, de “ansiedad intelectual” (*intellectual anxiety*); J. Genova<sup>8</sup>, de “ansiedad filosófica” (*philosophical anxiety*), y J. Ferrater<sup>9</sup>, de “ansiedades humanas” (*human anxieties*).

Hasta este punto, parece que al menos en principio Wittgenstein es incapaz de tomar distancia ante los problemas filosóficos que se le presentan: para comprobar que esta impresión no está en modo alguno descaminada, basta con volver sobre la

---

<sup>4</sup> CV, 504.

<sup>5</sup> IF, 123.

<sup>6</sup> Perissinotto, L.: “Wittgenstein on Socrates and Philosophy”, en R. Haller y J. Brandl (eds.), *Wittgenstein – Towards a Re-Evaluation*, Proceedings of the 14<sup>th</sup> International Wittgenstein Symposium (vol. II), Vienna, Hölder-Pichler-Tempsky, 1990, p. 232.

<sup>7</sup> Jacquette, D.: *Wittgenstein's Thought in Transition*, Indiana, Purdue University Press, 1998, p. xii.

<sup>8</sup> Genova, J.: *Wittgenstein: A Way of Seeing*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995, p. 113.

<sup>9</sup> Ferrater, J.: “Wittgenstein, a Symbol of Troubled Times”, en K.T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy*, New Jersey, Humanities Press, 1978, p. 109.

imagen de la mosca en la botella. Al recurrir a esta imagen, Wittgenstein se propone nada más ni nada menos que desdoblarse en mosca y filósofo-espectador: el individuo sufre cuando se ha perdido en los vericuetos de un problema filosófico, pero Wittgenstein<sup>10</sup> tiene en la visión sinóptica el remedio para dicho padecimiento. Para ver claramente y desde cierta distancia cómo nos hemos enredado en el uso de las reglas gramaticales, será preciso<sup>11</sup> aumentar nuestra comprensión hallando “cadenas intermedias” (*Zwischengliedern*) que, a su vez, nos ayudarán a aguzar la mirada ante una relación formal llamando nuestra atención sobre las semejanzas entre distintos hechos. Es cierto que el octaedro de colores<sup>12</sup> proporciona una representación sinóptica de las reglas gramaticales para palabras de colores, pero como las reglas gramaticales del lenguaje ordinario no suelen permitir representaciones tan claras, Wittgenstein se ve abocado a centrar su atención en la búsqueda de casos intermedios. En último término, lo que se pretende<sup>13</sup> es lograr un orden —entre los muchos posibles— del uso del lenguaje, un orden encaminado a una finalidad concreta que no es otra que la de aclarar el problema filosófico que nos esté ocupando en ese momento. Ciertamente, se puede decir que Wittgenstein no pretende hallar solución “intelectual” alguna; de hecho, apela explícitamente a la evidencia en detrimento de la razón<sup>14</sup>: “¡no pienses, sino mira!” (*denk nicht, sondern schau!*). Se trata de resolver los enredos en que incurren los filósofos, no de reafirmar los puntos de vista del sentido común<sup>15</sup>. Sin embargo, no hay que caer en la fácil tentación de creer que esta capacidad de imponerse al razonamiento a través de la mera apelación a la evidencia es algo innato en Wittgenstein, o algo que hacía de forma natural y sin esfuerzo: en contra de lo que estamos acostumbrados, no se trata de vencer una mera dificultad del entendimiento sino de vencer una dificultad de la voluntad<sup>16</sup>. Muchas veces ocurre que lo más cercano es lo más difícil de comprender, lo cual se debe a la oposición que encuentra la comprensión ante aquello que quieren ver la mayoría de los hombres; así pues, el filósofo-espectador no logrará sino enredarse más y más si persiste en su actitud racional: en un caso de extrema angustia como es el del hombre perdido, la visión se impone como la vía que conduce a lo obvio. A modo de ejemplo, N. Malcolm<sup>17</sup> cuenta que en cierta ocasión Wittgenstein comparó una confusión filosófica con la situación de una persona que desea salir de una habitación pero no sabe cómo. La ventana le queda demasiado alta; la chimenea es demasiado estrecha. Pero si se diera la vuelta, “¡vería que la puerta ha esta-

<sup>10</sup> IF, 125.

<sup>11</sup> ORDF, p. 68.

<sup>12</sup> cfr. ObF, 1, 39.

<sup>13</sup> IF, 132.

<sup>14</sup> IF, 66.

<sup>15</sup> CAM, p. 92.

<sup>16</sup> CV, 91.

<sup>17</sup> Malcolm, N.: *Ludwig Wittgenstein*, Madrid, Mondadori, 1990, p. 58.

do abierta todo el tiempo!”. A mi entender, una de las principales ventajas que tiene invocar la visión es que le permite a Wittgenstein mantener una cierta distancia respecto a la desazón que provoca la falta de claridad en el uso de nuestro lenguaje, de ahí que llegue a asociar<sup>18</sup> la satisfacción filosófica con el hecho de poder ver más.

El esfuerzo que conlleva desdoblarse en filósofo-espectador cuando se es mosca atrapada supone, como dije anteriormente, vencer una dificultad no del entendimiento sino de la voluntad. Si la imagen de un enredo filosófico nos tenía cautivos es porque el lenguaje que la alberga parece repetírnosla inexorablemente<sup>19</sup>; así, I. Reguera<sup>20</sup> llega a decir que la segunda filosofía de Wittgenstein es ante todo una pelea con las imágenes, especialmente con la del yo y los procesos psíquicos: en el fondo se trataba de la lucha por desprenderse de la forma general de la proposición, la imagen que se revelaba como una fórmula de Dios y del todo. Por tanto, creo que está fuera de lugar cuestionarse si Wittgenstein exagera las consecuencias que acarrea no ser capaz de resolver un problema filosófico: como señaló Perissinotto<sup>21</sup>, el mismo esfuerzo de voluntad que supone sobreponerse a la seducción del lenguaje convierte a la actividad filosófica, ante todo, en una actividad ética. No se trata de la mera aceptación o rechazo de una tesis o teoría, sino de desatar los nudos que de forma absurda hemos generado en nuestro pensamiento<sup>22</sup>: esto quiere decir que el resultado de la actividad filosófica es simple, radicando su dificultad en la complejidad de esos mismos nudos que desata. Fue esta concepción de la filosofía como una tarea interminable la que llevó a J. Bouveresse<sup>23</sup> a caracterizar al filósofo como “ese viajero perpetuo” (*ce perpetuel voyageur*), pues no en vano avisó Wittgenstein<sup>24</sup> que la tarea del filósofo consistía en “desenredar muchos nudos”. Con esto no quiero decir que las frecuentes extracciones de tesis y teorías que se hacen de la obra de Wittgenstein sean definitivamente erróneas, pues no cabe duda de que las *Investigaciones* están plagadas de ideas que tienen el valor suficiente para ser consideradas como teorías en distintos ámbitos filosóficos: simplemente quiero destacar que esas lecturas están hechas desde un espíritu que Wittgenstein rechazó expresamente<sup>25</sup>. Además, el estilo aforístico y discontinuo que se aprecia en esta obra, y que A. Stroll<sup>26</sup> denominó “texto quebrado” (*broken text*), parece lo suficientemente abierto como para permitir una gran variedad de lecturas o interpretaciones

---

<sup>18</sup> OFM, III, 85.

<sup>19</sup> IF, 115.

<sup>20</sup> Reguera, I.: *Ludwig Wittgenstein. Un ensayo a su costa*, Madrid, Edaf, 2002, p. 203.

<sup>21</sup> art. cit., p. 232.

<sup>22</sup> ObF, 2; Z, 452.

<sup>23</sup> Bouveresse, J.: *Wittgenstein: la rime et la raison. Science, éthique, esthétique*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1973, p. 186.

<sup>24</sup> UEFPs I, 756.

<sup>25</sup> cfr. CV, 29,34.

<sup>26</sup> Stroll, A.: *Wittgenstein*, Oxford, Oneworld, 1994, pp. 88-89.

distintas. No obstante, creo que si contemplamos párrafos concretos de las *Investigaciones* fuera no ya de su contexto original, como dice W. E. Barnett<sup>27</sup>, sino independientemente de cualquier afán clarificador de los usos del lenguaje, resultará más fácil interpretar dichos párrafos como aserciones, lo cual provoca que con gran frecuencia nos encontremos “teorías wittgensteinianas” fundadas sobre una base textual mínima: dicho sea de paso, estimo que sería un error pretender enumerar con todo detalle las características esenciales de las teorías y explicaciones que Wittgenstein<sup>28</sup> rechaza en favor de la descripción, pues en tal caso estaríamos basándonos una vez más en ese presupuesto tan extendido que nos lleva a creer que para usar una palabra con rigor debemos poseer una definición precisa de su significado. Según lo entiendo, las descripciones que Wittgenstein hace de nuestros usos del lenguaje, por su misma calidad de descripciones, no pueden sino mostrar usos de nuestro lenguaje que a todos nos resultan muy familiares pero que en ciertos momentos escapan a nuestra vista, de ahí que su mera exposición resulte trivial cuando no nos sentimos embargados por un problema filosófico cuya disolución pudiera depender de dicha exposición; así, pienso que si en un momento dado no estamos embargados por un problema que podría desenredarse si no totalmente al menos parcialmente con las descripciones de Wittgenstein, creo que sería adecuado tratar de vislumbrar cuál es el enredo o problema en que Wittgenstein se halla inmerso para ver con claridad a cuento de qué se ofrece una descripción de nuestros juegos de lenguaje que en otras circunstancias no podría sino resultar trivial: y es que si las *Investigaciones* no se leen desde este punto de vista, no me extraña en absoluto que lo que se vea no sea otra cosa que tesis y teorías por doquier.

Basta con acercarse reposadamente a las *Investigaciones* para comprobar que, desde el punto de vista propuesto en esta obra, toda esencia viene expresada en la gramática. El único atisbo que observamos en el lenguaje de necesidad natural es una regla arbitraria, pero al concordar los hombres en su forma de vida, resulta que no sería posible discutir tesis en filosofía porque todos estaríamos de acuerdo con ellas<sup>29</sup>: al fin y al cabo, se trataría de consideraciones que ya vendrían dadas en la gramática que compartimos. Por tanto, sacar conclusiones no es una actividad filosófica, y “¡tiene que ser así!” tampoco es una proposición filosófica porque para ello debería limitarse a constatar lo que nadie podría negar<sup>30</sup>. Como se puede comprobar, Wittgenstein no niega que existan teorías o explicaciones genuinas, y ni mucho menos rechaza que se puedan avanzar tesis: lo único que hace es advertir de la confusión que surge cuando las teorías científicas se desvinculan del escenario

---

<sup>27</sup> Barnett, W. E.: “The Rhetoric of Grammar: Understanding Wittgenstein’s Method”, *Metaphilosophy*, 21, 1990, p. 56.

<sup>28</sup> IF, 109.

<sup>29</sup> cfr. IF, 128, 241, 371-373.

<sup>30</sup> IF, 599.

científico para ser presentadas como “explicaciones filosóficas”. O dicho de otro modo, se trata de hacer frente al efecto hipnótico que encierran palabras como “ciencia”, “teoría” y “explicación”. A mi modo de ver, N. Pleasants<sup>31</sup> está en lo cierto al afirmar que Wittgenstein no dice en ningún momento que las representaciones ontológicas que tradicionalmente han presentado los filósofos sean falsas, pues para ello Wittgenstein necesitaría tener constancia justo de eso que rechaza: “el modo en que las cosas son realmente”. En las *Investigaciones* se evita toda teoría del lenguaje localizando primero y rechazando después cualquier tipo de pregunta que conduzca a su formulación, por lo que cabe decir que la incertidumbre se extiende hasta las raíces mismas del problema. Es evidente<sup>32</sup> que esos problemas, surgidos de la mala interpretación de nuestras formas lingüísticas, tienen “el carácter de lo profundo” (*den Charakter der Tiefe*); al enraizarse profundamente en el lenguaje, es como si se enraizaran también en nosotros, por lo que se manifiestan en forma de profundas inquietudes (*tiefe Beunruhigungen*): como bien dice H. A. Nielsen<sup>33</sup>, en las *Investigaciones* no se trata de responder a preguntas del tipo “¿qué es el lenguaje?”, “¿cuáles son sus funciones básicas?”, “¿qué son las palabras y las proposiciones?”, o “¿cómo comunican las palabras?”, pues si nos aferramos a un problema metafísico tal y como se presenta por primera vez sentimos que es irresoluble. Efectivamente<sup>34</sup>, pensar filosóficamente lleva a ver problemas donde no los hay, por lo que es la propia filosofía la que debe mostrar la inexistencia de estos problemas. Según Wittgenstein<sup>35</sup>, una teoría filosófica no haría más que obstruir el entendimiento, mientras que una buena metáfora lo refresca: así como la teoría oculta diferencias, sobregeneraliza y se presenta como un hecho nuevamente creado, la metáfora ayuda a ver claramente.

Una explicación no podría llevarnos más allá de donde ya nos encontramos<sup>36</sup> porque aunque en cierto sentido explicar es “más que” (*mehr als*) describir, toda explicación lleva dentro de sí una descripción<sup>37</sup> (ObF, 1). No obstante, Wittgenstein<sup>38</sup> ya avisó en su momento de lo difícil que resultará contentarnos con una descripción correctamente ubicada en nuestras consideraciones, sin pretender ir más allá en busca de una explicación. Ahora bien, aunque nos resulte muy difícil contentarnos con una mera descripción, Wittgenstein fue muy claro al indicar de dónde arranca el talante netamente descriptivo de su quehacer filosófico; después

---

<sup>31</sup> Pleasants, N.: *Wittgenstein and the idea of a critical social theory*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999, p. 24.

<sup>32</sup> IF, 111.

<sup>33</sup> Nielsen, H.A.: “Wittgenstein on Language”, *Philosophical Studies*, 8, 1958, p. 115.

<sup>34</sup> GF, I, 9.

<sup>35</sup> cfr. CV, 4.

<sup>36</sup> Z, 315.

<sup>37</sup> ObF, 1.

<sup>38</sup> Z, 314; OFM, I, ap. I, 2.

de afirmar que toda explicación debe dejar su lugar a la descripción<sup>39</sup>, manifestó: “Y esta descripción recibe su luz, esto es, su finalidad, de los problemas filosóficos”. De esta manera, la descripción aparece como el recurso que permite ver en medio del caos. Como puntualizó en su momento el propio Wittgenstein<sup>40</sup>, nuestra enfermedad no es otra que la de “querer explicar”. No cabe duda de que nuestro uso de las palabras es tan fluido que nos resulta sumamente difícil describir y entender ese mismo uso: por eso señala Wittgenstein<sup>41</sup> que los problemas filosóficos surgen “cuando el lenguaje hace fiesta” (*wenn die Sprache feiert*) o “cuando el lenguaje marcha en el vacío, no cuando trabaja” (*wenn die Sprache leertläuft, nicht wenn sie arbeitet*)<sup>42</sup>. J. V. Arregui<sup>43</sup> concluye de aquí que la perplejidad surge no al utilizar el lenguaje, sino cuando mantenemos “una actitud contemplativa” respecto al mismo; así, las *Investigaciones* podrían considerarse como un ejemplo más de esa polarización hacia el lado del lenguaje que, según E. Lledó<sup>44</sup>, caracteriza últimamente al pensamiento filosófico: una polarización que cuando alcance su grado máximo de saturación nos permitirá ver, a juicio de este mismo autor, que no hay nada que podamos considerar como “problema filosófico” más allá de la estructura lingüística. Creo que en este punto es interesante traer a colación la opinión de C. Cordua<sup>45</sup>, la cual destacó que a juicio de Wittgenstein la filosofía no sólo tiene su origen en las confusiones lingüísticas, pues también procede de deseos y tendencias insatisfechos, prejuicios, supersticiones, posiciones irreflexivas de la voluntad, etcétera; según Cordua<sup>46</sup>, Wittgenstein sólo considera la importancia de aquello que ocasiona los problemas filosóficos, pero nunca la importancia de esos problemas en sí. Efectivamente, Wittgenstein<sup>47</sup> cree que la palabra “problema” se puede comparar con el suplicio de Tántalo cuando la empleamos para referirnos a nuestras dificultades filosóficas, pues lo que buscamos en tal caso es una solución: es decir, buscamos aducir nueva experiencia renunciando a reordenar los usos del lenguaje que ya conocemos. W. Schweidler<sup>48</sup> ya avisó que la base de toda confusión metafísica es que aquello que consideramos como la solución natural de nuestros problemas

---

<sup>39</sup> IF, 109.

<sup>40</sup> OFM, VI, 31.

<sup>41</sup> IF, 38.

<sup>42</sup> IF, 132.

<sup>43</sup> Arregui, J.V.: *Acción y sentido en Wittgenstein*, Pamplona, EUNSA, 1984, pp. 152-153.

<sup>44</sup> Lledó, E.: *Filosofía y lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 16.

<sup>45</sup> Cordua, C.: *Wittgenstein. Reorientación de la Filosofía*, Santiago de Chile, Dolmen, 1997, p. 77.

<sup>46</sup> op. cit., p. 80.

<sup>47</sup> CAM, p. 77.

<sup>48</sup> Schweidler, W.: “Wittgenstein’s Anti-Cartesianism”, en R. Haller y J. Brandl (eds.), *Wittgenstein – Towards a Re-Evaluation*, Proceedings of the 14<sup>th</sup> International Wittgenstein Symposium (vol. III), Vienna, Verlag-Hölder-Pichler-Tempsky, 1990, p. 229.



no sólo no vale como posible solución, sino que es el mismo problema: lo que provoca esa falta de claridad que solemos achacar a nuestra carencia de información acerca del significado profundo de las palabras es creer que tiene que existir algún tipo de solución científica para las cuestiones metafísicas. Tampoco debemos olvidar que en una célebre conferencia pronunciada por Karl Popper en Cambridge, el 26 de octubre de 1946, Wittgenstein defendió que no existían problemas filosóficos sino sólo “rompecabezas filosóficos”; según el propio Wittgenstein<sup>49</sup>, lo que se destruye son castillos en el aire (*Luftgebäude*), con lo que dejamos libre la base del lenguaje sobre la cual se asientan: el problema filosófico ha de ser disuelto como si de un terrón de azúcar en el agua se tratara<sup>50</sup>. Y es que si contemplamos los problemas filosóficos como ilusiones no hay nada que destruir, pues la ilusión desaparece tan pronto como aclaramos nuestra vista; esto quiere decir que no desechamos unos “castillos” para colocar otros en su lugar, pues el objetivo de Wittgenstein no era formular juicios correctos sino lograr un estado mental que nos permita ver claramente: en palabras de M. P. Hodges y J. Lachs<sup>51</sup>, no se trata de llevar a cabo tareas filosóficas como ofrecer o atacar tesis, sino de evitar tentaciones.

La propuesta de Wittgenstein<sup>52</sup> consiste en reconducir las palabras a su empleo cotidiano, pero esto no debe hacernos pensar en volver a algo tan poco preciso como el lenguaje ordinario sino en volver al contexto adecuado: G. A. Paul<sup>53</sup>, por ejemplo, nos recuerda que los problemas filosóficos más generales surgen, efectivamente, del lenguaje ordinario, pero también existen problemas generados por lenguajes especializados; en tales casos, y como es obvio, la palabra ha de ser reconducida a ese lenguaje especializado, ya que es allí donde tiene lugar el contexto que le confiere su genuino significado. Aun entendiendo la labor filosófica como un mero ordenamiento de ese lenguaje que usábamos con total fluidez, puede llamar la atención que Wittgenstein<sup>54</sup> aspire a recuperar una claridad completa: en principio, semejante objetivo puede parecer sumamente ambicioso, pero no lo es tanto si se contempla la actividad filosófica como la mera clarificación de los enredos en que incurrimos al usar reglas gramaticales. Esta concepción de la filosofía puede parecer decepcionante a muchas personas, pues como dijo Wittgenstein<sup>55</sup>, la solución de los problemas filosóficos es comparable a los regalos de los cuentos, que en primera instancia parecen maravillosos y a la luz del día no son más que un trozo de metal

---

<sup>49</sup> IF, 118.

<sup>50</sup> OcF, p. 181.

<sup>51</sup> Hodges, M.P. y Lachs, J.: *Thinking in the Ruins. Wittgenstein and Santayana on Contingency*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000, p. 106.

<sup>52</sup> cfr. IF, 116.

<sup>53</sup> Paul, G.A.: “Ludwig Wittgenstein”, en K.T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy*, New Jersey, Humanities Press, 1978, p. 130.

<sup>54</sup> IF, 133; OcF, p. 181.

<sup>55</sup> CV, 58.

sin encanto alguno; ahora bien, si alegráramos como motivo para rechazar la obra de Wittgenstein que despoja a la filosofía de su encanto y enjundia tradicionales, creo que deberíamos plantearnos seriamente qué es lo que buscamos en la filosofía.

Como ya señalé al principio de este artículo, Wittgenstein nunca ofreció una definición de lo que entendía por “problema filosófico”: semejante actitud, que alguien podría tachar de poco rigurosa, no debería extrañarnos si recordamos que en su obra se invita a atender al uso del lenguaje en detrimento de todo afán esencialista. Así, al revisar la obra de Wittgenstein encontramos que éste ni siquiera intentó afinar criterio alguno para aclarar en qué ocasiones podemos hablar de un “problema filosófico”: él mismo<sup>56</sup> equiparó estos problemas con “las preocupaciones individuales particulares” (*die bestimmten individuellen Beunruhigungen*), sin entrar en mayores precisiones. Simplemente se limita a poner algún ejemplo, entre los cuales cabe citar el que viene dado por la pregunta: “¿cómo es posible medir un período, puesto que tanto el pasado como el futuro no se encuentran presentes y el presente no es sino un punto?”. Tal y como suele suceder, en este caso la forma de la pregunta no permite reconocer la confusión, por lo que es preciso modificar ligeramente la forma de esa expresión para que la confusión se haga patente: en palabras de Wittgenstein<sup>57</sup>, se trata de pasar de un sinsentido no evidente a uno evidente. Como se puede comprobar, son situaciones que se caracterizan ante todo por la incapacidad para imponer algún orden en los conceptos, de ahí que en filosofía deba preguntarse siempre: “¿Cómo se debe enfocar este problema para que se vuelva resoluble?”<sup>58</sup>. Lo que está claro es que se lucha contra el lenguaje<sup>59</sup>, o más concretamente, contra la fascinación que nos producen las formas de expresión<sup>60</sup>. El problema filosófico aparece así como una conciencia del desorden de nuestros conceptos, lo cual resulta irritante<sup>61</sup>: el propio Wittgenstein<sup>62</sup> manifiesta que “la falta de claridad en filosofía es una tortura. Se la siente como algo vergonzoso”. Enfrentarse a la descripción de fenómenos difícilmente aprehensibles, la esquiva experiencia presente o cosas similares<sup>63</sup> permite comparar esta tarea con la lucha contra algo tan agobiante como un enjambre de mosquitos<sup>64</sup>.

Para acabar, me gustaría recordar cierto incidente acaecido en Cambridge el curso académico 1946-47. Cuando un alumno preguntó a Wittgenstein<sup>65</sup> cuál era la

---

<sup>56</sup> GF, X, 141.

<sup>57</sup> IF, 464.

<sup>58</sup> ObCol, II, 11-12.

<sup>59</sup> CV, 57.

<sup>60</sup> CAM, p. 56.

<sup>61</sup> OcF, p. 173, 181.

<sup>62</sup> ObCol, III, 33.

<sup>63</sup> IF, 436.

<sup>64</sup> MP, 125.

<sup>65</sup> WLPP, p. 45.

naturaleza de los problemas filosóficos, éste le respondió que el primer error era precisamente preguntar por la naturaleza de estos problemas. A mi entender, el error que Wittgenstein denuncia aquí es el de creer que todos los problemas filosóficos comparten una misma naturaleza, o lo que es lo mismo, Wittgenstein se refiere al error de creer que debe existir algo así como una imagen prototípica que recoja los rasgos básicos que comparten todos los problemas filosóficos. Lejos de eso, nuestro uso del lenguaje, y por ende nuestro entendimiento, se puede enredar de formas tan distintas y complejas que no hay lugar para hablar de una imagen prototípica o modelo que corresponda al conjunto de los problemas filosóficos. Así, creo que cuando Wittgenstein dice que un problema filosófico tiene la forma “no sé salir del atolladero” está dando a entender que al hablar de problemas no estamos hablando sino de confusiones. Y decir qué tienen en común dos o más confusiones no me parece la forma más clara o apropiada de empezar indagación alguna. Por tanto, referirse a “la naturaleza de un problema filosófico”, como hace F. Waismann<sup>66</sup> al titular el primer capítulo de su manual dedicado a las *Investigaciones*, sólo me parece adecuado si con ello se pretende que el lector parta de sus propios dogmas e imágenes para proceder a su posterior destrucción. Personalmente, estoy convencido de que “la naturaleza de los problemas filosóficos” no es algo que se pueda “enseñar”, pues rigurosamente hablando, creo que se debería hablar no de “problemas filosóficos” sino de personas que sufren debido a la escasa claridad de su pensamiento ante preguntas carentes de significado, de modo que quien no sea propenso a tales preguntas no necesitará la filosofía; al fin y al cabo, creo que un determinado ordenamiento del uso del lenguaje puede resultar útil a una persona e insuficiente a otra: la prioridad otorgada al caso particular debería hacernos ver que, si bien dos personas se pueden quejar por sendos problemas filosóficos cuya formulación es aparentemente idéntica, cabe la posibilidad de que estos individuos partan de una proposición gramatical o una imagen del mundo ligeramente diferentes en lo que concierne a ese problema, lo cual debería llevarnos automáticamente a considerar dos problemas distintos. Consiguientemente, la atención no se debe centrar tanto en el problema mismo como en la persona, pues en última instancia será ésta quien asegure si se siente aliviada ya de sus cuitas filosóficas: obcecarse en el problema puede llevarnos a pasar por alto las sutilísimas peculiaridades que puede albergar la imagen del mundo en que se apoya ese individuo, imagen que necesariamente variará en un sentido u otro en función del enredo lingüístico que se aclare.

En otras palabras, lo que hay que fomentar es el desarrollo de una actitud sobre la costumbre de la definición. Wittgenstein creía<sup>67</sup> que cada individuo podría solucionar los problemas que observa en su vida viviendo de forma tal que desaparezca lo problemático: así, cuando alguien dice que su vida es problemática deberemos

---

<sup>66</sup> Waismann, F.: *Los principios de la filosofía lingüística*, México, UNAM, 1970, p. 11.

<sup>67</sup> CV, 149.

entender que su vida, valga la redundancia, no se ajusta a la forma de la vida. A juicio del pensador vienés<sup>68</sup>, la humanidad padecerá ciertas enfermedades provocadas por el uso de los coches hasta que se abandone el hábito de conducir, por lo que la enfermedad de una época se curará cuando se transforme el modo de vida de las personas: de forma similar, la enfermedad de los problemas filosóficos no hallará su cura en la medicina que pudiera inventar algún particular, sino en un modo de vida y pensar transformados.

### Abreviaturas empleadas

- CAM Wittgenstein, L.: *Los Cuadernos Azul y Marrón*, Madrid, Tecnos, 1993.  
 MP Wittgenstein, L.: *Movimientos del pensar. Diarios 1930-1932/1936-1937*, Valencia, Pre-Textos, 2000.  
 CV Wittgenstein, L.: *Cultura y valor. Aforismos*, Madrid, Austral, 1996.  
 ObF Wittgenstein, L.: *Observaciones filosóficas*, México, UNAM, 1997.  
 GF Wittgenstein, L.: *Gramática filosófica*, México, UNAM, 1992.  
 IF Wittgenstein, L.: *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988.  
 OFM Wittgenstein, L.: *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*, Madrid, Alianza, 1987.  
 WLPP Wittgenstein, L.: *Wittgenstein's Lectures on Philosophical Psychology 1946-7*, P. T. Geach (ed.), Hertfordshire, Harvester, 1988.  
 ORDF Wittgenstein, L.: *Observaciones sobre La rama dorada de Frazer*, Madrid, Tecnos, 1996  
 OcF Wittgenstein, L.: *Ocasiones filosóficas 1912-1951*, Madrid, Cátedra, 1997.  
 Z Wittgenstein, L.: *Zettel*, México, UNAM, 1985.  
 UEFPsI Wittgenstein, L.: *Últimos escritos sobre la filosofía de la psicología (vol. I)*, Madrid, Tecnos, 1994.  
 ObCol Wittgenstein, L.: *Observaciones sobre los colores*, Barcelona, Paidós, 1994.

### Bibliografía general

- Arregui, J.V.: *Acción y sentido en Wittgenstein*, Pamplona, EUNSA, 1984.  
 Barnett, W.E.: "The Rhetoric of Grammar: Understanding Wittgenstein's Method", *Metaphilosophy*, 21, 1990, pp. 43-66.  
 Bouveresse, J.: *Wittgenstein: la rime et la raison. Science, éthique, esthétique*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1973.

---

<sup>68</sup> OFM, II, 23.

- Cordua, C.: *Wittgenstein. Reorientación de la Filosofía*, Santiago de Chile, Dolmen, 1997.
- Ferrater, J.: “Wittgenstein, a Symbol of Troubled Times”, en K.T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy*, New Jersey, Humanities Press, 1978, pp. 107-115.
- Genova, J.: *Wittgenstein: A Way of Seeing*, New York and London, Routledge, 1995.
- Hodges, M.P. y Lachs, J.: *Thinking in the Ruins. Wittgenstein and Santayana on Contingency*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000.
- Jacquette, D.: *Wittgenstein’s Thought in Transition*, Indiana, Purdue University Press, 1998.
- Lledó, E.: *Filosofía y lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1995.
- Malcolm, N.: *Ludwig Wittgenstein*, Madrid, Mondadori, 1990.
- Nielsen, H.A.: “Wittgenstein on Language”, *Philosophical Studies*, 8, 1958, pp. 115-121.
- Paul, G.A.: “Ludwig Wittgenstein”, en K.T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy*, New Jersey, Humanities Press, 1978, pp. 125-130.
- Perissinotto, L.: “Wittgenstein on Socrates and Philosophy”, en R. Haller y J. Brandl (eds.), *Wittgenstein – Towards a Re-Evaluation*, Proceedings of the 14<sup>th</sup> International Wittgenstein Symposium (vol. II), Vienna, Hölder-Pichler-Tempsky, 1990, pp. 228-239.
- Pleasants, N.: *Wittgenstein and the idea of a critical social theory*, London and New York, Routledge, 1999.
- Reguera, I.: *Ludwig Wittgenstein. Un ensayo a su costa*, Madrid, Edaf, 2002.
- Schweidler, W.: “Wittgenstein’s Anti-Cartesianism”, en R. Haller y J. Brandl (eds.), *Wittgenstein – Towards a Re-Evaluation*, Proceedings of the 14<sup>th</sup> International Wittgenstein Symposium (vol. III), Vienna, Hölder-Pichler-Tempsky, 1990, pp. 226-230.
- Stroll, A.: *Moore and Wittgenstein on Certainty*, New York and Oxford, Oxford University Press, 1994.
- Waismann, F.: *Los principios de la filosofía lingüística*, México, UNAM, 1970.